

directamente, no podía serle atribuida. «¡Venganza por Husein!» fué el grito de los siitas, que con el tiempo debía ser tan funesto para la dinastía siria como favorable le había sido en tiempo de Moawiya el de: «¡Venganza por Othman!» Esto era de prever, y Obeidallah tal vez confió poder contener este movimiento con el sable y con el látigo; pero lo que no pudo prever, y lo que hizo de la muerte violenta de Husein una falta irreparable, fué que entonces se comenzó a robustecer el espíritu nacional persa, el cual con el seguro instinto del odio, convirtió la tumba concedida por compasivos labradores al descabezado tronco de Husein, en punto de reunion de todos los que en aquel gran país anhelaban ocultamente la liberación del yugo árabe. Apenas habían trascurrido tres años cuando ya vemos al schi'at de Alí en abierta alianza con elementos puramente persas, y una vez en posesión del talisman, «la soberanía para la casa del Profeta», que representaba para los persas el *desideratum* religioso-político, permaneció desde entonces invencible, á pesar de sus muchas derrotas, sin cesar jamás de sostener, ora en un punto, ora en otro, una no interrumpida lucha con los dominadores árabes, hasta que los mogoles extendieron el gran paño mortuorio sobre toda el Asia anterior. Despues, ni sunnitas ni siitas volvieron á levantarse sino en restos insignificantes y para siempre divididos. Al lado de los *ommiadas* y *antiguos creyentes*, que estaban á lo menos acordes en el reconocimiento del califa como soberano absoluto, representante de Mahoma, y al lado de los *jaridschitas*, de tendencias árabes democráticas, para quienes la suprema soberanía existía en la comunidad, aparecieron entonces los *siitas*, «los legitimistas del Islam», convirtiendo poco á poco su dogma del derecho de Alí y de su casa al imanato en una verdadera idolatría de Alí, Hasan y Husein, y llegando con ello, como consecuencia lógica, á rechazar á los tres primeros califas y toda la tradicion que no procedía de Alí. En este espíritu, ya en el año 65 (684) se adoraba á Husein en su tumba como al verdadero iman y mártir, como aun hoy lo hacen millares de hombres que cumplen su peregrinación al *Meschhed Husein*, «lugar del martirio de Husein», como al lugar mas sagrado y Ka'aba del mundo siita.

Cierto que á la sazón, bajo el duro yugo de Obeidallah, no podía obrar todavía el *schi'at*; pero, en cambio, en las dos ciudades santas, con aparente tranquilidad superficial, se preparaba un movimiento cuya explosion podía efectuarse de un momento á otro. En Medina era muy amenazadora la irritación desde la muerte de Husein, y en la Meca, Abdallah Ibn Sobeir procuraba sacar en favor suyo todo el partido posible del triste suceso, declamando violentamente contra la impía banda de los asesinos, ocultando su satisfacción de verse libre del rival que le hacia sombra y representando ya, en el círculo íntimo de sus amigos, el papel de «jefe de los creyentes.» Yezid no se dejaba engañar por las apariencias pacíficas, y encontraba que el método de Ibn Sa'id tardaba en lograr el fin deseado. Intentó, pues, él mismo conseguirlo, como buen omniada, por medio de negociaciones amistosas. Apoderarse de Abdallah á viva fuerza habria sido menospreciar el derecho de asilo del distrito sagrado y extremar la excitación de los creyentes, ya muy grande desde la muerte de Husein. En sus primeros arrebatos de cólera habia jurado antes que Ibn Sobeir compareciera ante él cargado de cadenas para prestarle homenaje; envió, por lo mismo, á No'man Ibn Beschir para que indujera por medio de promesas á su adversario á que, con objeto de que se cumpliera el juramento de Yezid, se presentase en Damasco con una ligera cadena de plata colocada debajo del manto, de modo que nadie la viera, y prestase homenaje al califa. Abdallah entretuvo al enviado durante algun tiempo, y acabó por

rechazar los ofrecimientos de Yezid, á pesar de la advertencia que se le hizo de que no se fiase demasiado de la inviolabilidad de la Meca. Pero cuando Yezid hubo destituido á Sa'id y nombrado lugarteniente de Medina al enérgico El-Walid Ibn Otba, reanudó Ibn Sobeir las negociaciones en apariencia, supo hábilmente hacer sospechoso á Walid de entorpecer el arreglo amistoso, y logró poco despues que fuera sustituido por Othman Ibn Mohammed. Este era primo del califa; no se distinguía ni por su energía ni por su sagacidad, y muy pronto dió ocasion á un conflicto en la misma Medina que durante mucho tiempo distrajo de la Meca la atención del gobierno de Damasco. En efecto, tuvo la malhadada idea de querer iniciar la reconciliación de los de Medina con la dinastía enviando á Damasco á nueve de los mas reputados de los antiguos «auxiliares» del Profeta, para que expusiesen allí personalmente sus reclamaciones por los graves perjuicios que pretendían haberseles causado en tiempo de Moawiya en la expropiación de unos terrenos; el buen Othman confiaba en que la satisfacción de sus pretensiones y otras razones *sonantes*, como las que los omniadas eran tan amigos de dar, modificarían las disposiciones de los pretendientes y de sus conciudadanos. Yezid apenas habia visto en su vida á un «auxiliar», y tal vez solo sabia de ellos que eran unos viejos raros, que en otro tiempo habían peleado con los árabes en compañía del llamado Profeta, que de esto habían concebido una vanidad excesiva, y que, por lo mismo, se habían hecho muy tercos y difíciles de tratar. Ante aquella diputación de ancianos de adustas miradas, parcos de palabras y miserablemente vestidos, que le enviaba su lugarteniente (62=682), se mostró mas amable que nunca; convidóles á todas las fiestas de la corte, satisfizo desde luego sus pretensiones y dió además á cada uno de ellos una suma considerable, unos 100,000 dirhems. Como buenos árabes tomaron el dinero, pero ya podemos imaginar con qué santa indignación verían aquellos hombres, que habían tratado al Profeta en su sencillez y piedad, y á quien se esforzaban en imitar, la criminal sensualidad en que se gozaba el representante del mismo varón de Dios. «¡Venimos de ver á un hombre sin religion,—exclamaron á su regreso,— que bebe vino, que puntea la cítara, ante quien hacen gorritos las cantatrices, que juega con perros y pasa las noches en la disipación con ladrones de camellos (1) y mozos de mal vivir!» y cuando cierto día, á principios del año 63 (682), se dió de nuevo rienda suelta al general descontento en la mezquita del Profeta, exclamó de pronto Abdallah Ibn Amr, uno de los nueve, arrancándose el turbante de la cabeza y arrojándolo al suelo: «¡Yo despojaré á Yezid del califato como despojo mi cabeza de este turbante!» Con fuertes gritos asintieron todos los piadosos allí reunidos: uno arrojó sus zapatos sobre el turbante, otro su túnica, y pronto un gran monton de las mas diversas prendas de vestir daba testimonio del celo por la fe de los «auxiliares» y de su condenación del impío soberano (2). Pero no se contentaron con esta manifestación simbólica de sus sentimientos, sino que toda Medina se levantó como un solo hombre, y tal fué la sorpresa del lugarteniente y de todos los omniadas, que con esclavos, clientes y demás partidarios personales formaban un total de mas de mil hombres, que no se atrevieron á oponer la menor resistencia y que se dejaron expulsar vergonzosamente de la ciudad. Solo los hijos de Omar, de Alí

(1) Esto es, beduinos con las antiguas costumbres del desierto.

(2) Esta extraña escena es característica de la predilección de los orientales por actos simbólicos, como tambien vemos en el Antiguo Testamento y especialmente en los profetas; así por ejemplo: Isaías, 8, 1; Jerem., 13, 1; 18, 1; 19, 1 y 10, 24, 1; Ezeq., 3, 1; 4, 1, 5, 1; 12, 3; y muchos otros.

y de Husein no intervinieron en la expulsión, y el del primero abandonó pronto la población, que desde aquel momento debía convertirse en teatro de terribles sucesos.

Yezid se manifestó al principio mas indignado de la conducta poco varonil de sus allegados que de la rebelión de los de Medina, y otra vez procuró emplear en primer lugar la persuasión. No'man Ibn Beschir, á quien acabamos de ver como enviado cerca de Ibn Sobeir, era uno de los pocos antiguos «auxiliares» favorables á los omniadas; así, parecia el mas indicado para convencer á sus conciudadanos de lo desesperado de una resistencia violenta contra todo el poderío de la Siria. Pero á pesar de haber hecho cuanto pudo no consiguió inclinar á los de Medina á la paz: todo el encono acumulado durante muchos años por los antiguos compañeros de Mahoma contra el partido de la aristocracia de la Meca habia estallado de golpe, y los encanecidos guerreros de Bedr y los compañeros de oración del Profeta no eran hombres para arredrarse ante la muerte en el campo de batalla, que para ellos significaba la entrada en el paraíso, ni para amilanarse ante la superioridad de la fuerza material, que habían aprendido á despreciar en las batallas del enviado de Dios. No quedó, pues, mas remedio que sofocar por la fuerza de las armas la desobediencia de las ciudades santas, desobediencia que, para el respeto debido á la dinastía, habia durado ya demasiado tiempo. No podia ocultarse que proceder así era abofetear á los que tomaban de cualquier modo en serio la fe, y por tanto eran necesarias la rapidez y la energía en las operaciones. La promesa de una doble paga aseguró la propicia cooperación del ejército, compuesto de 12,000 hombres, que hacia fines del año 63 (683) se puso en marcha hacia la Arabia, siendo la persona del jefe garantía de que procedería sin contemplaciones. Muslim Ibn Okba, de la tribu Morra, estaba poseído del mismo odio contra el Islam, y especialmente contra los antiguos creyentes, que habia convertido á Schamir en instrumento de perdición de Husein. Aunque viejo y enfermo el probado caudillo de las guerras de Moawiya, le devolvió por algun tiempo sus fuerzas la afortunada perspectiva del castigo, tanto tiempo anhelado en vano, de aquellos enemigos mortales de todo lo pagano; y para el caso de que muriera antes de terminar la campaña, le fué agregado como sucesor Husain Ibn Numeir, tambien antiguo oficial de Moawiya, que hasta hacia poco habia sido la mano derecha de Obeidallah en Kufa y que igualmente daba tanta importancia á la mezquita del Profeta y á la Ka'aba como á dos nueces vanas. Cuando Muslim llegó con el ejército en el último mes del año á Wadi'l-Kora, á unas cinco millas al Norte de Medina, encontró todavía allí á los expulsados omniadas, los cuales para salvar sus vidas, cuando fueron arrojados de Medina, tuvieron que jurar que si un ejército avanzaba contra la ciudad no le prestarían auxilio ni consejo. Muslim no comprendía cómo se podia siquiera vacilar por semejante pequeñez, y amenazó á los expulsados, á quienes despreciaba por cobardes, con cortarles la cabeza como si fueran enemigos si no le daban informes exactos sobre el estado de la ciudad y de sus habitantes. Merwan Ibn El-Hakam halló medio de salir del apuro: recordó que su hijo Abdelmelik no habia sido juramentado personalmente y le envió al hoscó general. Muslim quedó muy satisfecho de las noticias y consejos que le dió el sagaz y ya maduro Abdelmelik, y maniobró tan hábilmente, siguiendo sus indicaciones, que logró ocupar en el Harra (1), al Este de Medina, una posi-

(1) Un Harra es una llanura cubierta de piedras negras ó pardas, restos de erupciones volcánicas prehistóricas, como se encuentran muy frecuentemente en la Arabia y en la Siria, especialmente entre Medina y la sierra del Hauran al Sur de Damasco. Medina se encuentra, á ma-

ción favorable que debía obligar á los medineses, de todas suertes, á tener el sol de cara. Despues que hubo transcurrido en vano el plazo de tres dias, que segun las instrucciones de Yezid concedió á los fervientes devotos, dió Muslim la órden de ataque el 26 Zul-hiddscha del año 63 (26 de agosto 683). La lucha fué terriblemente encarnizada; los «compañeros de emigración» y los «auxiliares» del Profeta pelearon con todo el fanático entusiasmo del tiempo antiguo, en que en presencia del mismo Mahoma destrozaban las huestes de los infieles y con el cual, despues de su muerte, arrollaron á los paganos de toda la Arabia. Pero los modernos paganos, los falsos musulimes de la Siria, habían comenzado á aprender de los verdaderos adoradores de Dios, en las batallas sostenidas por Abu Bekr y Omar, el secreto de la disciplina y se habían hecho maestros en él durante las guerras bizantinas: así, la victoria debía inclinarse en favor de su superioridad numérica. Aquel fué el principio de una devastación de la ciudad, de una matanza de los habitantes que no perecieron en la lucha y de un saqueo y destrucción de toda propiedad como no se habían visto ni siquiera en las guerras contra los infieles. Durante tres dias los sirios cometieron atrocidades con toda la brutalidad de la soldadesca de un país semi-civilizado, y cuando, por último, se puso término al desenfreno, que llegó hasta profanar con bestiales groserías la mezquita de Mahoma, aun no estaba saciada la sed de venganza de Muslim. No cesaba el ojeo de los hombres piadosos y que habían contraído grandes méritos por la fe, á quienes mandaba matar abrumándolos con befas; parecia como que la proximidad de su propio fin, que los progresos de su enfermedad hacían cada vez mas inminente, excitaba su deseo de matanza. Cuando hasta él mismo se cansó de ver derramar sangre, habían sido sacrificados 2,400 «auxiliares» y 2,300 koreischitas, ornamentos de la religion y guardadores de la pura enseñanza del Islam, y es probable que un número igual hubiera inmediatamente despues de la batalla; los demás fueron obligados á prestar homenaje como esclavos á Yezid, pudiendo éste disponer á su antojo de sus personas, familias y bienes. Su suerte no podia ser mas lastimosa: ¡cuántas veces, y durante todo el tiempo que Medina estuvo en poder de los omniadas, fueron oprimidos y vejados de todos modos estos restos de la antigua población, y hasta tal punto que pronto no les quedó mas recurso que la fuga! Cuantos pudieron librarse de la matanza y escapar de la batalla del Harra, se dirigieron al Africa, donde hallaron acogida en los ejércitos musulímicos, que peleaban entonces contra los berberiscos y pelearon despues contra los visigodos, conquistándose una nueva patria en España.

El terrible castigo que cayó sobre Medina fué la contestación del arabismo pagano á la sangrienta represión de la rebelión árabe posterior á la muerte de Mahoma, y por lo mismo que tardó en llegar la venganza, fué extremada. Como residencia de los antiguos compañeros del Profeta, como centro espiritual del Islam, Medina habia dejado de existir: pero los gérmenes que de allí habían sido trasplantados en años anteriores al Irak, habían empezado ya á desarrollarse, y pronto debía demostrarse que el desmedido odio de los antiguos paganos podia haber profanado la mezquita del Profeta pero permanecía impotente ante las influencias de la fuerza divina revelada en su persona. Sin embargo, antes que en Kufa y en Basora pudiese tomar nuevo impulso la causa de la fe, debían todavía desencadenarse tormentas sobre

por ó menor proximidad, rodeada casi por todas partes de una llanura por el estilo; la aludida aquí se adelanta al Este de la ciudad hasta muy cerca de ella.



toda la extensión de los territorios del califato, cuyo ímpetu parecía anunciar la destrucción de todo lo existente.

La muerte del califa Yezid vino á desencadenar de golpe las fuerzas, solo reprimidas exteriormente, de los partidos, enconados unos contra otros. Aun en la flor de la edad (1), murió Yezid el 14 ó 15 de Rabí I del año 64 (10 de noviembre de 683), inesperadamente, á lo que parece, y en todo caso antes que hubiese podido asegurar la sucesión á su hijo mayor, Moawiya, por medio de un acto de homenaje general. No había, pues, quien tuviese legítimo derecho al califato, y esto era tanto más funesto cuanto que en la misma Siria, dado el antagonismo entre los Keis y los Kelb, no había que pensar en un acuerdo en esta cuestión de tan vital importancia para el Estado. Por el contrario, entonces estalló con mayor violencia la hostilidad entre árabes del Norte y del Sur, contenida por los dos primeros omniadas, tanto difícilmente y á fuerza de prudencia y habilidad. Como era natural, la repentina desaparición de un gobierno central tuvo además por consecuencia que en todas las provincias los partidos alzaran sus banderas, empezando entonces una lucha entre keisitas, kelbitas, siitas, jaridschitas y antiguos creyentes, que solo terminó al cabo de diez años con el reconocimiento de otro omniada como soberano de todo el imperio de los califas, y cuyas últimas convulsiones, en parte aun muy peligrosas, se prolongaron una década más. Debemos, pues, ocuparnos ahora en estudiar esas complicadas contiendas á lo menos en sus rasgos principales.

Muslim Ibn Okba no sobrevivió mucho á la satisfacción de su venganza: sucumbió, víctima de su enfermedad, durante la marcha de Medina á la Meca, donde con el vencimiento de Ibn Sobeir debía quedar sofocada la última oposición á la soberanía de Yezid. Encargóse del mando del ejército Husain Ibn Numair, como lo había dispuesto el califa; llegó delante de la Meca el 27 de Moharram de 64 (25 de setiembre de 683), rodeó la ciudad y empezó su sitio en toda regla, no poniendo reparo alguno en hacer disparar sus máquinas de guerra hasta contra la misma Ka'aba, junto á la cual había sentado su real Ibn Sobeir, de manera que un día el dardo inflamado, arrojado por una de aquellas máquinas, prendió fuego á las cortinas del santuario, el cual ardió por completo. Bajo la acción del fuego se abrió la piedra sagrada, y las paredes amenazaban desplomarse; Ibn Sobeir las mandó derribar después y edificar de nuevo toda la Ka'aba. A pesar de la violencia del ataque, la ciudad resistió con tenacidad, acudiendo á ella refuerzos de hombres piadosos desde varios puntos, y poco había adelantado Husain cuando la inesperada noticia de la muerte de Yezid le obligó, á fines de Rabí I de 64 (noviembre de 683), á suspender repentinamente y apresuradamente las hostilidades. Conocía demasiado bien á su patria para no conjeturar que allí sería general la confusión en aquellos momentos. Como yemenita que era, reconocía que la presencia de su ejército en la Siria se había hecho de urgente necesidad para sus compañeros de tribu, á fin de impedir que los Keis obtuvieran desde luego la preponderancia. Los hijos de Yezid eran demasiado jóvenes todavía y no podía seriamente pensarse en ellos para la sucesión; decidióse, pues, muy pronto, y ofreció su apoyo al mismo Abdallah Ibn Sobeir, el único que á la sazón hacía valer sus derechos al califato, pero con la condición, por demás natural en aquellas circunstancias, de que no había de tomar venganza, ni entonces ni después, de la sangre derramada en las recientes luchas. Era, en verdad, exigir mucho

(1) Los datos acerca de su edad varían entre 32 y 39 años, pareciendo más probable esta última cifra.

del representante principal de los antiguos creyentes pedirle que echara el velo del olvido sobre todas las atrocidades cometidas en Medina; sin embargo, un hombre de verdadero temple de soberano no habría desperdiciado, á pesar de todo, la ocasión de escalar el trono é intentar la constitución de un gobierno que se sobrepusiese á todos los partidos, manteniéndolos en mútuo jaque. Abdallah no era de esta especie; rechazó la oferta, renunciando así al triunfo con que una suerte inaudita había querido brindarle en el preciso momento del mayor apuro, y Husain no tuvo ya más recurso que volver con su ejército á la Siria, á lo menos para no faltar allí en el momento decisivo.

En Damasco no dejaron de intentar los kelbitas, después de la muerte de Yezid, el reconocimiento como califa del hijo mayor de éste. Su madre era una kelbita, como lo había sido también su abuela, y un sobrino de esta última, Hasan, hijo de Malik Ibn Bahdal, mandaba en la provincia del Jordan (Galilea). En efecto, en la lista de los califas figura este joven príncipe como Moawiya II (64=683), y es seguro que á lo menos en Damasco le fué prestado homenaje; pero los keisitas se declararon contra él, y el lugarteniente de Kinnesrin (Siria septentrional), Sofar Ibn El-Harith, se rebeló abiertamente, haciendo proclamar en su distrito á Ibn Sobeir; de suerte que no estaban las probabilidades muy en favor de Moawiya cuando este murió, según se dice, solo 40 días después de su padre. Todo lo relacionado con su persona está envuelto en las sombras, y es permitido sospechar que los partidarios de los keisitas le hicieron desaparecer; de todos modos no logró en aquel corto espacio de tiempo significarse en manera alguna, ni, acaso, lo pretendió siquiera. Declaráronse entonces también en favor de Abdallah Ibn Sobeir los lugartenientes de los demás puntos de la Siria, excepto Hasan en la provincia del Jordan, que levantó sobre el pavés á Jalid, segundo hijo de Yezid, y Ed Dahak Ibn Keis en Damasco, el que como koreischita permaneció por lo pronto neutral entre los keis y los kelb. La población de la capital, que como es de suponer era adicta á los omniadas, deseaba la conservación de la dinastía, pero por el momento estaba condenada al silencio por la actitud del jefe militar, y hasta á los mismos individuos de la casa soberana les parecía tan desesperado su propio porvenir, que Merwan Ibn El-Hakam, á la sazón el de mayor edad y el más significado de entre ellos, pensó seriamente en trasladarse á Medina y prestar homenaje á Ibn Sobeir cuando hubieron resultado infructuosas sus tentativas de mover á Dahak para que se declarara en favor de los omniadas. Disuadió, sin embargo, de esta idea Obeidallah Ibn Siyad, á quien por aquel tiempo su propio descalabro le había alejado del Irak. Si en la Siria había producido semejante confusión la muerte de Yezid, en el Irak y en las provincias orientales no pudo ser mayor la indecisión en los primeros momentos ante el inesperado suceso. Empeñada la lucha con los turcos á orillas del Oxo, era de temer en Basora y en Kufa que rompieran las hostilidades jaridschitas y siitas tan pronto como se debilitara en lo más pequeño la autoridad del gobierno, y por lo mismo los árabes allí, más que en ninguna otra parte, debían mantenerse unidos frente al enemigo. Durante algún tiempo pudo creerse que la gravedad de las circunstancias imponería la unión: no solo las tropas que estaban en el Corasan juraron fidelidad al lugarteniente Selm, reconociéndole como su caudillo hasta que existiese un califa acatado por todos, sino que el mismo Obeidallah, que no era muy popular entre los árabes y que se encontraba en Basora cuando llegó la triste noticia, fué reconocido en igual forma como regente interino. Sin embargo, todo lo prudente tenía poca probabilidad de duración en el Irak. Abdallah

Ibn Sobeir no podía desperdiciar ninguna ocasión de ganar influencia en el Oriente. En tiempo de Yezid había esperado conseguirla entre los jaridschitas, con quienes ya tenía un punto de contacto en el odio común contra los impíos omniadas; y en efecto, cuando el sitio de la Meca por Husain, además de algunos siitas de Kufa, se trasladaron también sigilosamente á la ciudad santa cierto número de jaridschitas, acaudillados por Nafi Ibn Asrak, contribuyendo bizarramente á su defensa. Pero, cuando después de retirarse los sirios, se pretendió llegar á una inteligencia definitiva, fué evidente á ambos bandos lo inconciliable de las pretensiones de Ibn Sobeir con los principios de los puritanos, y se separaron injuriándose mutuamente. Nafi, después de vanos esfuerzos para hacerse dueño de Basora, se dirigió con sus partidarios al Chusistan, del cual logró apoderarse por completo, auxiliado por los correligionarios que de todas partes se le unieron, y allí le volveremos á encontrar después. Por su parte, Ibn Sobeir envió un hombre de su confianza á Basora para que procurara disponer en su favor á los habitantes. Los Temim y los Asd representaban en el Irak y hasta las orillas del Oxo lo que los Keis y los Kelb en la Siria, y con aquellos árabes del Norte entabló negociaciones el enviado de Ibn Sobeir, que era también temimita. Los Asd no contaban con fuerzas suficientes en Basora para defender á Obeidallah contra los Temim, y habiéndose negado entonces el pueblo de Kufa á obedecer al odiado hijo de Siyad después de la muerte de Yezid, nombrando un lugarteniente de su propia elección, quísose imitar este ejemplo, y después de luchar los Asd y los Temim durante cuatro meses en las calles de Basora, vióse Obeidallah obligado á huir á la Siria (Dshumada II de 64 = febrero de 684). Pronto tuvo noticia allí de que los de Basora, cansados del hombre de su elección, se habían sometido definitivamente á Ibn Sobeir, aceptando un lugarteniente enviado por él (Ramadan 64 = mayo 684). En Kufa también, donde los antiguos creyentes y los siitas estaban acordes á lo menos en su odio contra los omniadas, se prestó homenaje, por aquel mismo tiempo, á Ibn Sobeir; y como el Egipto había sido, asimismo, ganado á favor del pretendiente inmediatamente después de la muerte de Yezid, tuvo aquel ya rendido á todo el imperio, con excepción de la pequeña provincia del Jordan y de los distritos donde imperaban los jaridschitas. Obeidallah, sin embargo, se rebelaba contra la idea de tener que someterse á la dominación de los antiguos creyentes. En Tadmor, por donde entró en el territorio sirio, encontró reunidos á casi todos los omniadas. «¿Cómo,—dijo, apostrofañdo á Merwan,—tú eres el de más edad y el jefe de los Koreisch y consientes que te mande Dahak?» Logró, ya que no otra cosa, que el omniada abandonara con él los distritos keisitas y le siguiera más hacia el Sur, donde precisamente acababa de llegar Husain Ibn Numair con sus tropas, procedente de la Arabia. Husain, aunque kelbita, no admitía el califato del joven Jalid, probablemente porque temía que no fuese más que un instrumento en manos de su tío Hasan; ofreció, pues, la soberanía á Merwan. No se puede desconocer que de todos los individuos de la familia que había reinado, Merwan era el que, según las ideas árabes, tenía mejor derecho: era el de más edad entonces, había sido el consejero de Othman, tan idolatrado por los sirios, y posteriormente, varias veces jefe del gobierno en Medina, y no había ninguno que pudiese presentar mejores títulos. Ciertamente se necesitaba valor para hacerse prestar homenaje como califa cuando casi todo el imperio se había declarado ya en favor de otro; pero Merwan, por más que un año antes, en el primer momento de estupor, se dejara arrojar de la ciudad por los de Medina, tuvo á la sazón ese valor.

En Schabiya, donde había residido Othman en su viaje á la Siria, se congregaron los principales caudillos de los yemenitas para deliberar sobre los derechos de Jalid y de Merwan y lograr la imprescindible conformidad de todos los que estaban á favor del kelbita. Cuarenta días duraron las deliberaciones, hasta que, por último, se llegó al acuerdo de prestar homenaje á Merwan, pero con la condición de que después de su muerte había de pasar la soberanía á manos de Jalid, con cuya madre, la viuda de Yezid, se decidió Merwan á casarse para confirmar este pacto. Juráronle entonces fidelidad los caudillos yemenitas (3 Zul-ka'ada 64 = 22 de junio de 684), y ya no le faltaba al nuevo califa sino conquistar su califato.

Merwan I, durante su breve reinado (64 á Ramadan 65 = 684 á abril 685), logró con diligente energía dar un gran paso hacia la restauración de todo el imperio bajo la soberanía de su casa. Urgía ante todo someter á los keisitas, y era evidente, después de lo ocurrido, que esto solo se conseguiría por la fuerza de las armas. Los Keis conocían, lo mismo que sus adversarios, que el desenlace era inminente, y para asegurarse el apoyo de Dahak, y ya que para ellos, en definitiva, la persona de Ibn Sobeir era lo de menos, le habían ofrecido la suprema dignidad y prestádole homenaje como califa. Encontrábase, pues, Dahak al frente de todos los contingentes keisitas en Merdsch Rahit (1) cuando llegó allí Merwan con los yemenitas. Ya en el camino había recibido el omniada una buena noticia: tan pronto como Dahak hubo salido con sus tropas de Damasco, los amigos que tenían allí los Kelb, de acuerdo con los leales habitantes de la capital, expulsaron al lugarteniente del usurpador, proclamaron á Merwan como califa y se apresuraron á enviar á éste cuanto dinero y cuantos hombres pudieron reunir, yendo estos últimos á reforzar muy oportunamente su ejército. Durante veinte días los dos bandos se estuvieron acuchillando en luchas parciales en la pradera de Rahit, reservándose para lo último, como era natural, la verdadera batalla. Esta fué encarnizada, y se decidió á favor de Merwan y los yemenitas: el mismo Dahak, No'man Ibn Beschir, lugarteniente de Hims, y muchos otros keisitas importantes perecieron en ella. Esta victoria aseguró al omniada la posesión de la Siria; Sofar consiguió, sin embargo, correrse con sus tropas á Karkisia, la antigua Circesium, en la Mesopotamia, desde donde, durante siete años, causó mucho daño con sus correrías á los kelbitas que tenían sus tiendas en el desierto sirio, si bien estas hazañas suyas no ejercieron verdadera influencia en el curso de la guerra. Mas graves consecuencias tuvo el encono con que el recuerdo de la pradera de Rahit vino á exacerbar de nuevo la enemistad entre los Keis y los Kelb, no pudiendo aquellos conformarse jamás con su derrota y aprovechando desde entonces toda ocasión de perjudicar á los enemigos de su tribu. Como toda la autoridad de la dinastía, lo mismo que la hegemonía de los sirios, dependían de la acción solidaria de ambos grupos de tribus, este renacimiento del antiguo particularismo árabe de la época pagana debía serles cada vez más pernicioso en el trascurso del tiempo.

Por de pronto, todo fué á medida de los deseos de Merwan: los keisitas en su mayor parte acabaron por acatar su gobierno, y así pudo ocuparse desde luego en extender su influencia más allá de los límites de la provincia. Sin gran esfuerzo, y ayudado por Amr Ibn Sa'id El-Aschdak, pudo arrebatar á Ibn Sobeir el Egipto (fines de 64=684), que se mantenía bastante indiferente en aquella lucha por el califato,

(1) «La pradera de Rahit» era Rahit una pequeña población al Este y cercana de Damasco.